

iberos, probado contra Roma en una guerra de doscientos años, y que debía acrisolarse con cien y cien victorias, en una lucha de ocho siglos. Así, poniendo la Iglesia bajo la salvaguardia y patrocinio de aquellos héroes las reliquias de los santos y de los mártires y las preseas de sus altares, venia á santificar aquel noble grito de independencia, y mostrándose mas grande y sublime en mitad del naufragio que en los dias de la prosperidad, velaba incansable por lo porvenir del Cristianismo, salvando con igual solicitud el dogma, la ciencia y el arte, cuya guarda y custodia habia confiado á su celo y sabiduría la Providencia.

— 93 —
CAPITULO IV.

Las Cruzadas.—Pedro el Ermitaño.—Urbano II: concilio de Clermont. Fin de la primera cruzada.—San Bernardo.

Es para nosotros una ventaja incalculable escribir la historia de la Elocuencia cristiana, cuando en la apreciacion de los sucesos mas importantes que han ocurrido en el mundo, nos han precedido insignes pensadores, escritores ilustres, hombres que con un criterio filosófico elevado, han destruido la obra de la parcialidad, de la injusticia y del error.

Las Cruzadas, hecho el mas trascendental y con mas variedad juzgado, que tiene lugar en los siglos medios, no es ya para quien en algo estime la opinion y el fallo definitivo de la esperiencia y del saber, no es una *locura insigne*, ni un *acto de barbarie*, ni una *temeridad inaudita*; es por el contrario una nueva redencion que parte de la idea regeneradora, un movimiento saludable que imprime á la sociedad la doctrina mas grande y humanitaria: es el sacudimiento de una nueva civilizacion comprimida, detenida en su marcha por los extravíos mas lamentables: es la tabla de salvacion que en medio de la tormenta ofrecen al mundo agitado, al mundo

abandonado por segunda vez á sus propias fuerzas, los discípulos predilectos, los sucesores de los Apóstoles, de los Santos Padres, de los mártires, de los confesores de Cristo, los predicadores, en fin, de la doctrina evangélica.

Sí: antes de suceder, las Cruzadas se predicaban; antes de levantarse cien y cien pueblos, y marchar unidos, no en busca de intereses mezquinos, sino mas bien abandonándolos; no con el afán de establecerse en mas fértiles y risueñas comarcas, sino dejando sus hogares, sus familias, sus hijos, sus esposas y el cielo siempre caro de la pátria; antes de esa *union material* que dió á Europa su independencia, que santificó el espíritu guerrero y aventurero de los pueblos, que desenvolvió en todos sentidos el espíritu humano, que fraternizó al rico con el pobre, rompiendo las vallas del orgullo y la vanidad al mezclarse por vez primera caudillos y vasallos en una misma empresa y al arrodillarse todos al pié de una misma cruz; antes de todo esto, la voz del sacerdote, del misionero, une los corazones inspirándoles unos mismos sentimientos, enlaza las voluntades haciéndolas abrigar idénticas aspiraciones y nobles deseos, y la torcida senda se trueca en camino fácil y seguro, en via de progreso, de adelantamiento, de vida.... Sin las Cruzadas, ¿qué hubiera sido del mundo? Hoy ya lo podemos decir: el crisol de la esperiencia ha depurado la verdad, y son muchos los que confiesan las grandes ventajas que ha traído al mundo, el que ciudadanos de pueblos distintos marchasen á través de los mayores peligros, no como marchaban las legiones cuyas hazañas cantó Homero para vengar el ultraje de un marido, sino como dice Balmes, para rescatar el sepulcro de un Dios.

Otros, antes que nosotros, se han ocupado de encarecer

los resultados políticos y sociales de las Cruzadas (1); ninguno al hablar de este suceso ha podido olvidarse de Pedro el Ermitaño, de Urbano II, de San Bernardo, porque ellos iniciaron, ellos promovieron, ellos alentaron, á ellos corresponde una gran parte de la gloria y justo nombre de tantos hechos héroicos, de tantos episodios admirables, de tantas y tan esclarecidas acciones como constituyen esa gran epopeya, que solo bajo un punto de vista nos es dado contemplar en este libro con mayor detencion.

Antes de ahora hemos dicho que la conversion de los bárbaros, es el primer triunfo ostensible del catolicismo; ahora debemos añadir, que las Cruzadas son la corona, el dignísimo remate de tanta conquista en el órden moral, de tantas victorias parciales conseguidas á fuerza de sangre, de luchas, de controversias, de polémicas inolvidables.

La palabra de los Apóstoles, las confesiones de los mártires, los discursos y los escritos de los Santos Padres habian preparado el gran día de la fraternidad humana: los hombres se llamaban hermanos, pero los pueblos se hacian la guerra y destruian sin escrúpulo alguno; era preciso un suceso providencial, era precisa una grande idea ó un gran sentimiento que arrancase de raiz tantos males, que diese verdadera sávia á aquel estado de cosas que parecia conducir los siglos tras de completa ignorancia á desastrosa ruina, que trocase el impe-

(1) Muchos han escrito acerca de las Cruzadas, cuyos héroicos hechos inspiraron al Tasso uno de los primeros poemas; los principales á quienes hemos consultado han sido: Fleury, *Disc.*, Michaud, *Hist. des Crois*, Mills, Trad. por Paul, *Hist. des Crois*, Poujoulat, *Hist. de Jerus*, Chateaubriand, Cantú, Bernald, Herder, Gibbon, Weber, Hereen y otros en diversas obras, de las que en su mayor parte hemos hecho mencion antes de ahora.

rio de la fuerza por el imperio de la inteligencia.» La idea y el sentimiento partieron de la Iglesia. «Los pueblos habian olvidado, dice el señor Muñoz y Garnica (1), su lenguaje nacional, ó lo desdeñaban; en el siglo VI habia desaparecido casi por completo el espíritu de las escuelas; el imperio romano y la Iglesia estaban invadidos por los bárbaros; la dominacion y las escisiones intestinas paralizaron el movimiento científico, en Africa, por la compresion de los vándalos; en España, Francia é Italia, por la invasion de hordas extranjeras. Esta declinacion de las letras, el fraccionamiento de los diversos Estados, su falta de cohesion, la barbárie y el feudalismo, pedian una regeneracion que no podia venir mas que de la Iglesia, que es el punto de donde parten siempre las indicaciones salvadoras.

Rotos estaban los vínculos sociales y degenerados los buenos principios, cuando un hombre lleno de fuerza, Hildebrando (Gregorio VII), se atrevió á emprender la reforma del mundo. Los príncipes habian perdido su poder, los grandes y señores aspiraban á su independencia, y el resto de la sociedad era esclava; entonces Gregorio VII pensó en levantar la soberanía del Papado, para salvar la sociedad por la Iglesia. Conocia el siglo y los negocios: era un hombre destinado para tal

(1) Al revisar estas páginas, escritas hace algun tiempo para darlas á la imprenta, el señor Muñoz y Garnica, á quien hemos citado muchas veces en el tomo I, á quien citaremos en este, porque con sus escritos nos ha trazado en gran parte la senda que vamos recorriendo, ha tenido la bondad de sorprendernos, remitiendo á *La España* un artículo, en el cual sin merecerlo concede algun mérito á nuestra humilde produccion. La gratitud nos impone, pues, el deber de dar al señor Garnica un público testimonio de nuestro reconocimiento, rogándole una vez mas, nos dispense si enriquecemos con demasiada frecuencia nuestro libro con los brillantes trozos de los que él con tanto aplauso ha dado á luz.

época y para tal obra. El alma de este sistema consistia en la unidad religiosa, siendo el sentimiento cristiano el único capaz de despertar á los pueblos haciéndoles marchar bajo una bandera, á las órdenes de los sacerdotes, de príncipes y capitanes, á la voz de la autoridad, representada en todos sentidos por unos mismos principios, sometida al poder, á Roma, á la Iglesia, al dogma, á la gran monarquía del Occidente. Ocurrióle al Santo Padre el pensamiento colosal de las *Cruzadas* (1), produciendo en los ánimos de la multitud una gran fermentacion la idea de rescatar el Santo Sepulcro. A la verdad, tampoco habia cosa que se acomodara mejor con los hábitos y necesidades de tal sociedad y de tal siglo, que el emprender una expedicion á lejanas tierras, en que los soldados y peregrinos, investidos de privilegios, bulas y amplias exenciones, combatieran por la religion y por la patria, como cristianos y como caballeros. El emperador de Alemania fué convocado á la guerra por el Pontífice; pensaba volver al emperador de Oriente las provincias del Asia que habia perdido, con la esperanza de obligarle á someter la Iglesia griega á la latina: de este modo creia ensanchar los límites del mundo cristiano, é incorporarlo á un solo centro, á una sola gerarquía.

Gregorio VII murió sin ver marchar las legiones de cruzados, pero pudo alcanzar con su prevision los resultados que darian en el porvenir.»

Fueron estos los preludios de las Cruzadas; la primera página de este nuevo período en la historia de la palabra cristiana, debemos referirla á la conocida carta de Gregorio VII,

(1) Por nuestra parte aceptamos la opinion del señor Muñoz y Garnica. Poujoulat, dice que el pensamiento de Gregorio VII fué únicamente socorrer á Constantinopla y unir la Iglesia griega á la latina.

en la cual se leían estas palabras: «Nuestros padres visitaron muchas veces la tierra santa, para consolidar la fé católica: también nosotros, sostenidos por las oraciones de toda la cristiandad, marcharemos allá en defensa de nuestra fé y de nuestros hermanos, cuando se nos franquee el camino por la gracia de Cristo: que el camino de los hombres no está en sus manos, sino que es Dios quien los conduce...»

Todo está preparado, es cierto; pero lo está por el mismo sentimiento religioso que animó á este Pontífice esclarecido. No es esta la vez primera que la Europa pelea con el Asia, ni este el primer esfuerzo del Occidente contra el Oriente, ni la Edad Media el primer tiempo de la historia, en que los europeos se oponen á los asiáticos. Nó: la oposicion, como decia nuestro amigo el señor Urcullu y Zulueta (1), entre el Oriente y el Occidente, tiene mas remotos orígenes; apenas se divisa el primer albor de la historia, cuando ya vienen á las manos la Europa y el Asia, y las contiendas se renuevan al través de los siglos entre los pueblos del uno y del otro continente: Héctor y Aquiles, Priamo y Agamenon en un principio, Persia y las repúblicas griegas mas tarde, Alejandro invadiendo aquel imperio despues, son como el principio de la gran lucha: Cartago y Roma, Antíoco y Roma, Mitridates y Sila, forman otro período; y por último, en el momento supremo á que hemos llegado, la lucha toma un carácter enteramente distinto: aqui obra ya visiblemente la voluntad suprema del Criador; no es la contienda personal, ni el espíritu de conquista, es el triunfo de la idea, é ideas y sentimientos son las fuentes principales que explicar pueden el hecho de las Cruzadas.

(1) *Discurso* leído ante el claústro de la Universidad Central, en el acto de recibir la investidura de doctor en la facultad de filosofía y letras.

«Lo único bueno que tenia la sociedad era el sentimiento religioso; no habia, pues, mas que dilatarlo, abrirle anchas puertas de comunicacion con el mundo de afuera, con otra civilizacion y con diversas costumbres, ponerle, en fin, mas desembarzado y llano el camino del cielo promoviendo las guerras de religion, fomentando bajo todos aspectos la vida del espíritu, ensanchando los conocimientos, las aspiraciones, el poder y la fuerza que habian de desenvolverse por medio de tales revoluciones. Y esto fué lo que se hizo: los pueblos se dispersaron, y en la dispersion se hicieron conquistadores, navegantes, sábios, misioneros, diplomáticos, caballeros y héroes.

Las Cruzadas fueron la segunda de las grandes evoluciones que proyectaba Roma para sujetar á su dominio el mayor número posible de pueblos y naciones: en el paganismo para darles la libertad se hacia todo por la fuerza; ahora la fé, la esperanza y la caridad se dan á los pueblos como una promesa y un signo de su esperada regeneracion. Predica el Cristianismo una doctrina de igualdad, de paz, de justicia, de sumision, de mútuo afecto: una benéfica autoridad protege al débil contra los excesos del poderoso: esparcido el clero en medio de todos, aleja poco á poco las divisiones nacidas de la diferencia del origen, hace amar una pátria comun recordando la fraternidad universal, derriba las barreras entre las naciones, regenera la barbarie, se coloca al lado del varon para señalarle el camino de la civilizacion, conserva los autores clásicos y reforma las legislaciones... La Iglesia, arco de salvacion, enlaza á los germanos al territorio, y llama á toda la Europa para rechazar el Oriente. Cuando los mongoles amenazan de nuevo la civilizacion naciente, acude á detenerlos con las armas y las predicaciones; impide á los turcos anonadar las instituciones europeas, em-

presa que en otros tiempos no hizo mas que despertar la simpatía ó la ambicion de algunos (1).

A la guerra y á la paz era llevada la muchedumbre por la palabra de los predicadores. No todos eran elocuentes, ¿cómo habian de serlo? hombres incultos, al nivel del pueblo, sin genio ni sabiduría, prevenidos de sutilezas escolásticas, improvisaban en un latin corrompido y toscó bárbaras arengas que la multitud no oia siquiera, porque la devocion se adelantaba á las peroraciones, y el corazon se rendia muchas veces antes que se intentara interesarlo por la elocuencia. En tales momentos encontrarse con San Bernardo no parece cosa natural, sino mas bien un milagro de la gracia (2).»

Pasemos ya á contemplar de cerca á los oradores de quienes debemos ocuparnos en este capítulo.

Pedro el Ermitaño.

Ved aquí un hombre de rudo aspecto, de exterior extraño; la cabeza descubierta, los piés desnudos, vestido de larga túnica sujeta con ceñidor de cáñamo, y montado en una mula. De tal manera atraviesa la Italia, pasa los Alpes, recorre la Francia y gran parte de la Europa; el pueblo sigue ávido sus pasos y escucha sus palabras, dándoles el valor que les imprime el gran prestigio de la austeridad, de la virtud, de la modestia, de la caridad ardiente del que las pronuncia..... este es *Pedro el Ermitaño*, natural de Picardía, y á quien nada detiene, nada intimida, porque al pié del sepulcro del Salvador ha percibido la voz de Dios.—Pedro, levántate;

(1) César Cantú.

(2) Señor Muñoz y Garnica.

anuncia á mi pueblo el fin de toda tiranía: venga á mis siervos, y liberta de manos sacrilegas la tierra de los grandes misterios, la tierra regada con la sangre del Redentor.

Tal es la mision augusta del primer predicador de las Cruzadas: ha sido testigo de las profanaciones de la tierra santa; ha visto ultrajado el suelo que recorrió el Hombre-Dios; y ante tan doloroso espectáculo ha sentido el rubor, la vergüenza en sus mejillas; se ha avergonzado de ser cristiano, y ha ofrecido en tremendo juramento conmover la tierra, concitar los ánimos, atraer las voluntades, dirigir á un fin comun tantos y tantos pueblos, mal entretenidos en medir sus armas y consumir en estériles combates su valor.

De ciudad en ciudad, de aldea en aldea, de provincia en provincia, de nacion en nacion, Pedro implora de unos la caridad, de otros las oraciones, de aquellos el sacrificio, de estos la ruda diestra destinada á caer cual poderoso ariete sobre el infiel. Ora en medio de la plaza pública, ya en el campo ó en el púlpito de las iglesias, en las calles, en los caminos, en todas partes predica con ardorosa elocuencia, elocuencia que inflama, que arrebatá, que no dejá alugar á la meditacion ni al cálculo.....—*Guerreros del demonio, les dice, convertíos, convertíos en soldados de Cristo*;—es decir, hombres cuya locura no tiene límite, que volveis vuestros odios, vuestros rencores, contra vosotros mismos, *uníos*, si quereis salvaros; ha llegado el momento supremo; la sangre de vuestros hermanos corre á torrentes por las calles de Jerusalem; de mis palabras son testigos los santos y ángeles, á quienes invoco; venid, venid conmigo á la montaña de Sion, á la roca del Calvario y al monte de las Olivas..... Desde aquí percibo yo sus lamentos y sus quejidos..... volved, vol-

ved en vosotros; no me escuchéis á mí, no veais mis lágrimas ni oigais mis sollozos, no mireis mis piés desnudos y heridos, ni mi pecho macerado, ni mis carnes ensangrentadas; mirad, mirad el crucifijo que llevo en la mano, contemplad la triste suerte que cupo al Santo de los santos, al Inocente entre los inocentes, al Mejor entre los mejores, al Dios vivo, Hijo del Padre y Dios como él; moveos á compasión á la vista de esta imágen del mayor dolor....

Las arengas, los discursos de Pedro el Ermitaño se han perdido, pero no su memoria: misioneros recorren todavía los pueblos que nosotros hemos visto llegar á pié, sin séquito alguno, y salir victoreados llevándose tras sí el corazón de los convertidos.... si quereis formar por vosotros mismos una idea de ese orador, á quien quizá hemos empequeñecido queriendo parodiar sus frases, no os fijeis en estas páginas; asistid á una misión, y decidnos despues si Pedro el Ermitaño podia parecer despreciable á los ojos de un historiador de la Elocuencia cristiana. Ni Pedro, ni sus sucesores han escrito por lo comun sus discursos; si los escribieran valdrian menos; el dedo de Dios coloca en su boca frases oportunas, frases de un efecto seguro, porque ante ellos han procurado encender en sus pechos la llama del amor y de la caridad: ahí teneis el gran secreto de Pedro, la gran arma que él y sus sucesores esgrimen; arma igual hoy que ayer en sus efectos, distinta quizá en su forma, por la cual de ella no os daríamos, aunque fuese real nuestro talento, una pequeña idea.

Al hacer el elogio de Pedro el Ermitaño, le hacemos de cuantos antes que él y despues de él han llenado en la Iglesia la gran obra, la obra portentosa y civilizadora de preparar á las almas cristianas el camino de la virtud, la senda del

bien y de la salvacion.—Nombres ignorados de millares de héroes que habeis recorrido el mundo imitando á Pedro el Ermitaño, yo os saludo; yo reclamo para vuestra memoria la admiracion que experimenta mi alma al pensar en vuestros servicios á la causa de la religion y de la humanidad: los que habeis muerto en apartadas regiones, tantos otros cuyos nombres no me seria dable citar, aunque lo permitieran las condiciones de este libro, recibid todos, todos, el humilde tributo de mi reconocimiento, de mi profunda veneracion.

Urbano II.

A la gran obra tan felizmente comenzada por Pedro el Ermitaño, á cuya voz despertaron los pueblos y se sintieron fuertes y poderosos para llevarla á cabo, vino á dar nuevo impulso la palabra de un Pontífice y la autoridad de un concilio.

El emperador de Constantinopla pide en tales momentos amparo contra la amenazadora invasion de los turcos: prepárase en Plasencia el concilio de Clermont, y reunido en efecto, hablan en él Pedro y Urbano II; Guillermo de Malmesbury traslada el discurso de este Príncipe ilustre de la Iglesia, y Michaud al traducirle lo reviste de nuevas formas.

Un pueblo sin Dios, el hijo del Egipto esclavo, ocupaba violentamente la cuna de nuestra redencion y la patria de nuestro Divino Salvador: la ciudad del Rey de los reyes, que trasmitió á las demás los preceptos de una fé pura, era testigo de las supersticiones paganas; aquel milagroso sepulcro, donde la muerte no pudo guardar su víctima, aquel sepulcro manantial de la vida futura, sobre el que se levantó el sol de la resurreccion, habia sido profanado por los que no deben re-